

## Capítulo VI. La Fiura, La Condená y el Thraúco...



Era una noche cerrada. El frío invadía todo y no había cristiano ni bicho, que aguantasen su rigor extremo en las calles. Todo el paraje era silencio y soledad, como si el tiempo se hubiese detenido para siempre.

Un solo rancho tenía sus luces encendidas y cada cinco minutos, se escuchaban los gritos lastimeros y desgarrantes de una mujer anciana. En el cielo tintineaban las estrellas en un derroche de luces y belleza, pero que transmitían más angustia y más desolación.

Comenzó a soplar un viento gélido del sudeste, lo suficientemente intenso como para que al colarse entre los pinos centenarios, activase sus agudos silbidos tan escalofriantes. Al principio muy despacio y luego cada vez más fuerte, se escucharon unos pasos cansados y arrastrados, que luchaban penosamente contra el viento. Una sombra de mujer recortada entre los pinos, alumbrándose con la luz mortecina de un farol, marchaba resignada en dirección del miserable rancho de las luces encendidas.

Dio unos golpes secos contra la madera de la puerta, interrumpiendo el silencio de esa noche invernal y pareció que todo el lugar se daba vuelta a mirar a la recién llegada. Dos segundos después, bramaba todo el rancho con el alarido infernal de la mujer que lo habitaba. Y luego nuevamente el silencio, hasta que la voz de la recién llegada respondió a la pregunta que le hicieron desde adentro:

- Sono io... Anyulina... la comadrona...

Una anciana venerable abrió la pesada y vieja puerta, ingresando presurosa la veterana partera. Pero su sorpresa fue mayúscula al observar tirada en una desvencijada cama, a una mujer demasiado diferente a las que acostumbraba a asistir. En lugar de una madre joven en la flor de su fertilidad, había un esperpento de mujer anciana.

La parturienta parecía de noventa y pico años, con el pelo blanco y gris como hecho con jirones de papel de diarios viejos, la piel pálida como la cera de una vela blanca derretida, la frente surcada con múltiples arrugas asemejándose a las pasas de uvas abandonadas al inclemente sol, los ojos profundamente hundidos en sus órbitas, sin rastros de haber tenido cejas y con unas enormes bolsas ojerosas, que pendían de su cara como el buche de los gansos.

Dormitaba con la boca abierta, a través de la cual se adivinaba que ni un diente quedaba de recuerdo. De golpe al percatarse de la presencia de la matrona, abrió muy grande sus ojos y eructando, vomitó una flema verde sobre su propio pecho. Luego sorbió un trago de la botella de whisky que escondía entre las sabanas. Hizo un largo buche con la espirituosa

bebida y lo tragó. Y apartando bruscamente la sabana de arriba, dejó al descubierto las ensangrentadas piernas de un feto que pugnaba por nacer, no de cabeza, sino al revés.

En la casa se presentía que alguien más seguía de cerca ese parto tan dramático. Alguien estaba mirando con mil ojos los detalles de la escena, pero no se acertaba quien podía ser. Un frío espeluznante recorrió la espalda de *Anyulina* y al mismo tiempo, sintió clavarse mil agujas en su cuerpo. Le costaba respirar y jadeaba, mientras miraba esa expulsión dantesca y complicada, que como una horrible pesadilla se presentaba sangrante ante sus ojos. Sintió ganas de defecar y de orinarse encima mientras su corazón latía cada vez más fuerte y rápido. Su primer impulso fue darse media vuelta y echar atropelladamente a correr, pero su sentido del deber fue más fuerte y reponiéndose, junto fuerzas y a la otra anciana, parada junto a ella, le pidió toallas y mucha agua caliente.

Intento acercarse a la parturienta pero ésta la rechazó y se arqueó hacia atrás en la cama, abriendo aún más sus arrugados muslos, mientras que con su mano, comenzó a tirar con mucha fuerza de los piecitos del feto, hasta lograr estirarlos en por lo menos medio metro. El grito que pegó esa madre, reverberó entre las paredes del rancho, provocándole náuseas y arcadas a la matrona, como jamás había sentido. Alrededor de los piecitos y desde el canal del parto, bajó como en las cascadas del infierno, una mezcla de sañoso pus, fétida sangre, agua de zanja estancada, orina y nauseabundas materias fecales. Una carcajada perversa a la distancia, como si viniese desde afuera de la casa, parecía escucharse cuando volvió el silencio.

La otra anciana llegó con el agua y las toallas que ya tenía preparadas. Había lágrimas en sus ojos y mirando a la otra, cruzada ahora en la cama como una caña quebrada y nadando entre excrementos, intentando consolarla le dijo amablemente:

- *Condená, hijita mía, aguanta un poquito ma' que ya va a pasa'... ¿sabé?*

Confundida respecto al parentesco entre las dos mujeres, mientras acomodaba las toallas luego de limpiar las inmundicias que inundaban la cama, tratando de serenarse y serenar a la parturienta y a la vieja, se atrevió a preguntarle:

- *¿Es su hermana o es su tía?*
- *¡No! ¡Que va! Ella es m'hija, mi única hija... solamente tiene cuarenta y siete años, parece ma' por la vida que le hicieron pasá, allá en lo Buenos Aires...- respondió con resentimiento la anciana.*
- *Ah, vivió en Buenos Aires – contestó Anyulina como para darle pie y que siguiese hablando.*
- *Cuando tenía los veintiuno, el padre no la pudo frená y ella se largo pa' la ciudad jera tan linda a esa edad!... una ricurita, pero desde chiquitita que nos salió rebelde, contestadora y de lo más vaga, tanto que yo siempre le tuve miedo a que iba ser de ella... Parece, asigún contó, que d'enseguida nomá, la conoció un cafisio que la mantuvo un tiempito y endispué la obligó a trabajá en un prostíbulo. Igualito que a una esclava, la cagaban a palo si protestaba, no le daban ni un mango y ellos se le quedaron con lo documento. Trabajaba por el catre y la comida. ¡ ¿Mire usted si acá no lo tenía ya a eso?! Y con trabajá un poquito nomá en la huerta ¿no lo tenía todo?... pero no, decía que se aburría y*

*que se quería ir... Parece que déntrada le hicieron firmá que tenía una deuda muy grande con una patrona y que sino cumplía, la llevaban derechita pa' la comisaría. Dice que le daban pa' la comida y la ropa y con eso, cada vez debía más... Una vez se quiso juir pero la cazaron justito... ¡Ni me quiso contar lo que le hicieron! Pobrecita m'hija, parece que a partir de ahí, la vivían amenazándola todo el día... Encima la multaban a cada rato, o porque estaba mucho tiempo con un cliente, o porque no estaba en su lugar cuando llegaba otro y así, cada día debía más. Todo el día le repetían "sabemos donde vive tu familia" y con eso la afluejaban y le hacían lo que querían... y como algunas compañeras conseguían pagar sus deudas y mandaban plata pa' sus casas, ella tenía la esperanza de hacer algo parecido aguantándose un poco má. La embarazaron, ni ella misma sabe cuantas veces y se lo hacían perdé, clavándole la aguja de tejé. Pasaban los mese y ni veía el cielo, siempre encerrá en la pieza. Y ahora últimamente de vieja también le inflaron el bombo y pa' poderse rajá, hizo un pacto de sangre con el mesmesimo Mandinga, del cual mucho no ha contao y ahí la tiene... la rebautizó como la Condená y no se la puede llamar de otra forma, porque sino convulsiona, echa espuma por la boca y lo quiere morder a uno... – contó la anciana madre aguantándose el llanto.*

- *Sálveme Dios... - dijo Anyulina, al tiempo que se persignaba.*
- *Volvió toda apestada de las venéreas y encima, vive chupándose todo el alcohol que puede, de la mañana hasta el poniente y si se despierta de noche, también... Pero dice que se quedo contenta y mas calmada, cuando se dio cuenta que a todas las venéreas se las pudo pegar a los mierdas que la habían tratado mal - agregó seria y vengativa la madre.*

Súbitamente, la *Condená* saltó y se paró encima de la cama, largando una tétrica carcajada, mientras se empinaba la mitad del contenido de una botella de caña quemada, que manoteó de debajo del colchón; luego se colocó en cuclillas y tirando con ambas manos del feto para abajo, consiguió arrancárselo de cuajo, expulsando el chico, el cordón y la placenta en un solo movimiento.

Sobre la cama cayó el feto enlodado de sangre, humores, orina, materia fecal muy abundante y de todos los colores y carroñas y además, pus de olor tremendamente fétido, en un guiso repugnante que parecía mezclarse con un vomitivo puré de agusanadas arvejas, donde el olor del zorrino hubiese resultado tan fino como el de un perfume francés.

El recién parido estaba totalmente azul morado, aunque lograba adivinarse entre las piernas que era hembrita. *Anyulina*, conteniendo las nauseas, intentó acercarse para poder abrigarla y reanimarla, pero la demencial madre empezó a saltarle encima, aplastándola con sus enormes pies, mientras gritaba desahogada y con ruidos guturales ininteligibles.

Primero la orinó adentro de la boca y luego, la defecó. Arrebató el agua hirviendo y lo vertió sobre el cuerpo de la niña, haciendo que su piel quedase al rojo vivo y le brotasen múltiples ampollas, algunas del tamaño de un huevo frito bien grande... Los ojos de la enloquecida *Condená* parecían ahora salirse de las órbitas, excitada con la horrible fechoría que estaba llevando a cabo.

Le mordió la nariz y como no se cortaba, se la estiró todo lo que pudo. Puso dos dedos dentro de sus labios y tiró hacia fuera, hasta desgarrar lo que quedaba de las comisuras a ambos lados. A medida que manaba la sangre a borbotones, la demente madre se reía más y más a carcajadas. Quiso estrangularla con ambas manos y lo logro, estirando luego el cuello a niveles jamás vistos.

Finalmente, estampó a la recién nacida contra el lecho, boca abajo, con la cabeza sumergida en el lodo de la mezcla de humores repulsivos. Luego, se sentó sobre el cuerpo inerme de la niña y continuó bebiendo, hasta vaciar completamente la botella.



Anyulina permanecía con su espalda apoyada en la pared, no dando crédito al infernal y demencial espectáculo que acontecía ante sus ojos. Le costaba respirar, la boca la tenía seca y solo balbuceaba una simple oración, rogándole a Dios que la despertase de semejante pesadilla cruel.

La *Condená* se tiró hacia atrás en la cama, cayendo hacia un costado, con lo cual liberó sin proponérselo, a la pequeña. Y luego, sucedió algo inverosímil, que cuesta trabajo creerlo y hasta parece hablaría de viejas. La niña se levantó empujando con sus manos, liberando el rostro y emitiendo sonidos muy agudos, mientras se reía a carcajadas bien audibles, aunque saliesen de una garganta tan pequeña:

- *Más...Ja, ja, ja, je, je, je... Más, nena quiede más... lindo, gusta mucho* - pedía la recién nacida más castigos, en un paroxístico masoquismo, tan perverso y tan precoz, como nunca se había visto.

Fue entonces cuando se abrió una ventana del rancho y entró, como una exhalación del mismo diablo, una figura siniestra. Era un hombre corpulento, marcadamente varonil, que ostentaba unos poderosos bíceps en sus brazos, los cuales lucía desnudos a pesar del inclemente frío y una espalda, llamativamente ancha y robusta. Sin embargo, era de muy baja estatura, de no más de ochenta centímetros de altura. Su piel, con múltiples marcas de una antigua y mal curada viruela, le afeaba aun más el rostro, solo suavizado por una rara mirada dulce, fascinante y sensual.

*Anyulina* no entendía ese dramático *aquelárre* y hacía esfuerzos sobrehumanos, para no caerse desmayada. Cuando miró al hombre que había entrado, comprobó con horror que no tenía pies, y que caminaba apoyado en los muñones de sus muslos, ya que estaba amputado por arriba de las dos rodillas. Sin embargo, algo había en él que la atraía poderosamente y hasta dudo de si misma cuando sintió algo parecido al flechazo del amor a primera vista.

Tenía puesto una especie de traje de color verde oscuro, hecho en una tela suave parecida a la seda, y coronaba su cabeza con un sombrero de punta, semejante a un cono, el cual estaba arrugado y medio roto. En su mano derecha blandía un hacha de piedra, que parecía extractada de las cavernas de los hombres prehistóricos. Ese personaje era nada más y nada menos, que el *Thrauco*...

- *Es mía, Mandinga me la dio por mujer y me la llevo conmigo. Vine pa´ llevármela* – dijo el enano *Thrauco* mientras agarraba por una pierna a la niña.

- *Ahora soy yo la que no quiero ni tengo ganas de dártela y, me cago en vos y en el mismísimo Mandinga y en el pacto que hice con él* – le respondió la madre, agarrándola por la otra pierna y luchando contra las neblinas del alcohol que surtía implacable sus efectos, en un tardío pero protector instinto maternal.



El enano levantó su hacha y le tiró un golpe a la *Condená*, como para dejarla sin un brazo, pero erró y se la metió en la entrepierna a la recién nacida, dejándole un tajo desvirgante, como marca indeleble de todo lo vivido en tan corto período de tiempo.

También *Anyulina* sintió que hervía de indignación su sangre e intentó oponerse al mutilado enano, pero en el preciso instante en que alcanzó a verle que el hacha se transformaba en un largo bastón, cayó al suelo sin sentido. Había sido demasiado él cúmulo de emociones y no pudo resistirlo...

Y cuando han pasado varias horas ¿Una...?¿Dos...?¿Cuántas...? lo único que observa *Anyulina* al despertarse, es un rayo de sol entrando por la ventana que ha quedado abierta. Tiene un fuerte dolor de cabeza, mucho frío y cuando intenta levantarse, no hay parte de su cuerpo que no sienta un agobiante dolor.

Comprueba con horror que esta desnuda de la cintura para abajo y tiene sus vestidos rotos y revueltos. Se toma la cabeza con sus manos y no puede contener el llanto amargo que brota de su alma. Oscila entre la tristeza y la bronca, entre las ganas de saber que le pasó y las de salir a la carrera del lugar.

Como puede se acomoda los vestidos, el pelo, la ropa interior y se levanta. Es el momento en el que consternada, comprueba que de su vagina baja un líquido viscoso y transparente, chorreando a lo largo de su muslo...

- *¡Es semen!...* – proclama *Anyulina* entre aturdida y violentada al tocarlo con sus dedos.
- *Fue el Thrauco m'hija, el que te hizo lo que te hizo. El fue el que te poseyó... a medida que pasen los meses tu cuerpo se va a ir desfigurando con el embarazo. No te preocupes demasiado, que los hijos del Thrauco vienen con mucha fuerza, porque los ayuda él con su magia en todo...* – la intenta consolar la anciana madre, que estaba sentada y resignada en un banquito, tomándose un mate lavado.

Solamente la vieja quedaba en el rancho. La *Condená* con su hija ya no estaban, ni tampoco había rastros del *Thrauco*. *Anyulina* ni quiso preguntar. Tomó sus cosas y con vergüenza, regresó como perdida y llorando hasta su hogar. ¿Se lo diría al marido? ¿Cómo reaccionaría este? ¿Se creería “el cuento” del *Thrauco*?... algunos juran que vendió todo y se volvió a Udine, su ciudad natal en Italia.

Lo real fue que el *Thrauco* robó a la niña y se casó con ella, mientras que la *Condená* quedo vagando entre los cerros y los montes. Algunos aseguran que vieron cuando se suicidó en una forma horrenda, consecuencia de haber violado el pacto con Mandinga el Diablo.

El casamiento del *Thrauco* se hizo luego del bautismo negro de la niña, el cual se realizó en la copa de un alerce. Una víbora de coral, encaramada en una rama, le vomitó una araña pollito y un escuerzo digeridos sobre la frente y proclamó, ante el resto de las bestias, que su nombre sería para siempre *La Fiura* ...

Ese mismo día se casaron. Ofició de ministro de ceremonias una lechuza vieja, tuerta de un ojo y con una sola pata, la cual había prestado sus servicios durante muchos años, a una bruja muy perversa. Cantaba un sapo viejo con olor a podrido, secundado por una bandada de malévolos cuervos, entonando los acordes lóbregos de la marcha fúnebre. Había flores negras por doquier, adornadas con ortigas y excrementos de todas las especies de animales. La torta, era una enorme bosta de vaca y de guanaco, adornada con hormigas coloradas asesinas.

- *Thrauco enano, vo la queré por esposa tuya a la Fiura, prometiendo serle infiel y jodiéndola en todo lo que vo pueda?* – preguntó la lechuza, dándose aires de importancia.
- *D'enseguro, che. ¿Qué pregunta viene a ser esa? Je, je, je, Je, je, je, Je, je, je, Je, je, je, Je, je, je...* - respondió exhibiendo su catastrófica demencia el *Thrauco*.
- *Güeno Thrauco, llevátela y hacéle lo que te cante en gusto...* - cerró la ceremonia la lechuza, mientras tragaba un escuálido alacrán.

La *Fiura*, desde el primer día de su vida fue alimentada esmeradamente por el mismo *Thrauco*. Su alimento da vergüenza mencionarlo, pero es necesario hacerlo para conocer la verdadera historia y comprender los misterios que encierran estas almas desgraciadas.



Siete veces en el día y dos veces por la noche, el enano *Thrauco* depositaba en la boca de la niña, su semen. Esa, fue su comida en exclusiva durante los primeros cuatro meses. A veces le eyaculaba con tanta fuerza, que le mandaba directo a los pulmones buena parte de esas lascivas excreciones, logrando que se asfixie la pequeña con el viscoso líquido, cambiando su rostro de color y quedando desmayada.

A partir del cuarto mes, el perverso enano le agregó como alimento los testículos de animales de todas las especies, servidos en puré. También, el semen contenido en los condones de seda que usaban en esos tiempos los varones. Los recogía de los tachos de basura, del interior de los excusados, de debajo de los catres y mezclado con escupitajos, se los servía bien calientes. Las toallas íntimas, mojadas en menstruación y tiradas en los baños, eran el postre preferido de la espeluznante *Fiura*...

Fue creciendo, alimentándose de sus propias excretas sólidas y líquidas. Cuando mayorcita, le vino la mensual regla como a todas las mujeres; juntándola en puñados, ella se la llevaba a la boca para saborearla y deglutirla...



Vivía masturbándose desde que empezó a gatear. Y el *Thrauco* la acompañaba en esas prácticas masturbatorias, por lo cual él también estaba cada vez más cretino, su cuerpo lleno de forúnculos, su cerebro cada vez más reblandecido y la médula espinal vacía, ya que el semen lo fabricaba en ese sitio. Llego a ese estado de grande, víctima de la demencia precoz masturbadora por iniciarse en la misma desde su más tierna infancia. Sufría, a consecuencia de ello, de varices y por eso perdió sus piernas; dos por tres, padecía de colitis que ninguna poción podía curar; la prostatitis, de tanto estimularse la glándula, le impedía sentarse; vivía deprimido de tanto desgaste inútil de energía; padeció de tuberculosis cuando joven y jamás sirvió para el trabajo ni el estudio. Cada tanto, era víctima de fuertísimos espasmos cardíacos, de una irritabilidad incontrolable y de una disminución visual

severa. Y como estigmas de su condición masturbadora, estaba condenado a tener un escroto péndulo y flácido, el glande descubierto y de forma redondeada, oscuro su color y casi negro, como el resto del pene y los testículos, de tanto frotamiento recibido.

Y la misma Fiura a consecuencia de esa práctica, fue modificándose en su anatomía más íntima. El clítoris, como el de todas las niñas masturbadoras, era muy voluminoso, alargado, rojo, turgente, y con el prepucio más liso, blando, fruncido e hipertrófico. El himen también lo tenía más blando, la vulva más húmeda y las mucosas enrojecidas, por lo cual cada tanto le ardía y despedía olores nauseabundos.

Las correrías de esta patética pareja por toda la ancha y larga Patagonia, son harto conocidas entre sus pobladores. Pero se hacía urgente y necesario ubicarlos a ambos.

A veinte kilómetros de una vieja estación de servicio, que se llamaba en sus buenos tiempos Aguada Florencio y que ahora quedo abandonada sobre la ruta 40 de la Provincia de Neuquén, se encuentra Las Coloradas, un pueblito de ochocientos habitantes, rodeado parcialmente por una especie de acantilados y el río Catán - Lil. Sus calles son de tierra y pasando por el hospital, la estafeta postal, la comisaría, la capilla, la escuela, dos almacenes y unas pocas casas, conducen hacia las afueras, luego de atravesar el viejo puente *Espinazo del Zorro*.

Entre esos paisajes hermosos, tanto en invierno como en verano, uno puede ver a los mapuches ordeñar sus chivas, hacer queso de cabra, capar los cerdos a cuchillo, o faenar y preparar embutidos. Y Don Triángulo, baquiiano muy experimentado, buscó precisamente entre estos parajes a la *Fiura*. Y la encontró.

Hoy en día, ella está grande y es toda una mujer madura, aunque quedó bastante petisa. Algunos exageran y dicen que solo mide entre cuarenta y cincuenta centímetros de altura, pero la verdad, es que mide poco más de un metro.

Su aspecto es sumamente repugnante, de pasmosa fealdad y apocalíptico rostro, hasta el extremo que los animales escapan al verla. Sus ojos son increíblemente chispeantes, aunque quedan casi ocultos por una descomunal nariz.

Posee unos pies y unas manos desproporcionados, con brazos muy fuertes y dedos muy delgados y ganchosos. Mueve sus brazos alargándolos en todas direcciones y hace reptar exageradamente, sus dedos largos y deformes. Siempre esta buscando alguna víctima, para "tirarle un aire" y sus preferidos, son los muchachos que salen de paseo solos, por el bosque o por el monte.



Su piel es un pellejo seco que se adhiere dificultosamente a sus grotescas extremidades. Sus pechos abultados, son un insulto desproporcionado al resto de su cuerpo. Acostumbra a transformarse repentinamente en decenas de formas caprichosas y luego convulsiona, haciendo muecas horribas con el rostro.

Don Triángulo, cuando la encontró, estaba sentada entre las rocas y a la orilla de una vertiente. Estaba peinando su larga cabellera con un delicado peine de plata, brillante como recién pulido y reflectante de los rayos del sol, como el mejor espejo de cristal.

Cada tanto, ella alargaba prodigiosamente su cuello y contemplaba en algún charco distante sus tétricas facciones, providencialmente tapadas por la descomunal nariz. Ponía tanto empeño en su labor, que hasta daba pena ver al monstruoso mamarracho, tratando de actuar como una sensual mujer.

Don Triángulo no dijo nada y comenzó a seguirla, pues ella se puso a caminar sin rumbo. La *Fiura* esta acostumbrada a vivir en zonas pantanosas, aunque también lo hace en bosques y quebradas. Y luego de un largo andar, se puso a danzar sobre la débil alfombra de un pantano, sin temor a que se rompiese y se la trague.

Su danza se llenó de movimientos incomprensibles. Más que pasos de baile, eran torpes y simuladas convulsiones eróticas, en las que trataba de agitar su corta pollera colorada, preferida del *Thrauco*. Y cada tanto, detiene la danza para volver a observar su horrible rostro en el reflejo de un charco y acicalar su cabellera.

Luego volvió a caminar, ahora meneando coquetamente sus prominentes pechos, hasta que volvió a correr ágilmente entre los troncos, haciendo flamear su ropaje. Se entretuvo entre unos árboles quemados, mimetizando sus miembros entre las carbonizadas ramas de los árboles y luego, continuo su marcha.

Se escabullo entre los matorrales, en busca de las espinosas *chauras*, un arbusto utilizado por los indios para fabricar tientos, pero que ella se los comió con glotonería.

Don Triángulo, la conocía muy bien y sabía que ante el más leve ruido ella se asustaría. Él quiebre de una insignificante rama bajo su pie, podría ser suficiente para delatar su presencia. La seguía, pero sin acercarse demasiado, con paciencia, esperando el momento justo para hablarle.

Ella se quitó la ropa y comenzó a bañarse en un *traiguen* o cascada, entonando canciones melodiosas, como si quisiese atraer con ellas a alguna víctima incauta y enamoradiza. Y luego, creyéndose sola defecó, dejando sus deposiciones sobre las raíces salientes de unos árboles muy grandes.

La Fiura, aunque mujer del viril *Thrauco*, no por ello deja de tener sexo con todos los hombres que pueda, aunque les exige que el acto lo realicen con los ojos cerrados. Su malignidad y ferocidad son mayores que las del *Thrauco*. Encarna el vicio y la perversidad en su más alta expresión y se deleita en repartir males entre los miembros de las tribus, familias y pueblos de cristianos.

No admite ser mirada, ni siquiera por un animal. El arriesgado que se atreve a mirarla, queda torcido en algún lugar de su anatomía, mientras siente un gran ardor en la cabeza, al notar sus ojos chispeantes de ira posados en él. Si la mira un niño o un animal, le deforma totalmente sus extremidades, haciéndole imposible la marcha de por vida. Algunas versiones de la Patagonia indican que rapta niños y los cría como propios, pero en verdad, esto nunca ha sido demostrado.

Luchar contra ella es imposible, pues posee una fuerza y destreza, que ni los hombres más fuertes pueden vencerla. Los deja maltrechos, contusos y temblando cuando intentan oponérsele. Los agarra por las piernas y quedan mutilados de por vida; si lo hace por los brazos quedan mancos y si lo hace por la cabeza, quedan postrados para siempre. Por más que traten de escapar, sus poderosas manos lo impiden, pues son descomunales y compiten con la fuerza de diez hombres. Por más que se la intente golpear, nunca se logra asestarle un solo golpe, pues parece pegársele a una sombra.

Es tan peligrosa, que no perdona a los que la rechazan cuando busca satisfacer sus más bajos instintos. Les echa encima el "*mal aliento*" de su boca, capaz de "*enchuecarle*" los huesos a cualquiera... Y si a toda una familia les suelta un aire, es un daño tan grande el que les hace, mayor a la más terrible de las epidemias. Y no solamente tira enfermedades contra los hombres, sino también contra animales y dentro de estos, especialmente contra los chanchos, perros y gatos.

Hace uso de la fetidez de su aliento para torcer los miembros de animales y personas, siendo tal su poder, que surte su efecto mortífero a distancia. Describir esa putrefacción, es hablar de la pestilencia de todas las enfermedades juntas, reunidas en el pozo oscuro de su negra garganta. Es como sí todo lo nauseabundo de este mundo, hubiese tomado cuerpo en el aire saliente de su boca.

Se apodera - *con su aliento y su mirada* - de la voluntad del hombre, "*tomándole su aliento*" para disfrutarlo sexualmente y a este lo deja agotado y sin fuerzas, aunque plenamente satisfecho.

Las deformaciones que produce son prácticamente incurables, salvo algunos afortunados casos en los cuales, mediante el siguiente tratamiento - *el cual se mantuvo en secreto durante mucho tiempo entre los Araucanos* -, se puede conseguir mucho alivio, tal como lo contó *Caupolicán*, el cacique que derrotó a Pedro de Valdivia en la Batalla de Tucapel en 1554.

- "*Hay que esperar que amanezca y entonces, cortar una rama de la enredadera que se llama Pahueldún y llevársela al enfermo. Hay que azotarla con mucha fuerza, hasta que brote la savia y entonces, debe beberla si quiere curarse el enfermo. Y sin perder un instante, la rama bien azotada, se la arrastra hasta la playa, para lanzarla en el mar.*"

Muchas veces hay que sacarlo del barro a la víctima, antes de que se muera de frío y si no anduvo bien con el tratamiento anterior, hay que recurrir a tomar raspaduras de la "*Piedra de Ara*".

- *Fiura! He venido a mostrarte un camino de paz, de salvación, por orden de alguien que te ama de verdad: el Tata Dios.* – le grito con seguridad Don Triángulo.

Y aunque parezca mentira, la *Fiura*, luego de unos segundos de sorpresa, cayó de rodillas, como fulminada y se puso a llorar, con el rostro en la tierra. Don Triángulo la consoló y le enseñó a orar. Luego la dejó rezando sola y tranquila, mientras él salía a buscar al *Thrauco*.

Luego de un rato de buscarlo, lo encontró colgado de un gancho, en la rama de un corpulento *Tique*, esperando alguna víctima, a la cual siempre elige entre las muchachas jóvenes, solteras y vírgenes que se pasean solas por el bosque o por el monte.

Don Triángulo conoce perfectamente su modo de actuar. Cuando el *Thrauco* la divisa, desciende del árbol y propina tres fuertes hachazos en el tronco, lo cual crea una vibración tan intensa, que en la joven elegida produce la sensación de que el bosque entero se desploma. Esto la deja perpleja.

Cuando se recupera de la sorpresa, la niña tiene al *Thrauco* encima, soplándole suavemente con el *Pahueldun*, que es el bastón que se transforma en hacha. Ella no puede ni le interesa resistirse, pues queda hipnotizada al mirarlo en sus brillantes y diabólicos ojos y así, cae dormida en un vaporoso y alucinante sueño de amor. Perdidamente enamorada.

Después de un tiempo, la joven se despierta confundida y angustiada. Se sonríe al verse adornada de hojas multicolores, hasta que advierte con horror sus cabellos y ropas desordenadas... y sus calzones bajos y manchados... Comprende lo que le paso, pero ya es demasiado tarde.

Alertado de la presencia de un extraño, el *Thrauco* rápidamente se esfumo de su presencia, pero Don Triangulo sabía como seguirlo. Los golpes de hacha que se escuchan en el bosque o un sonido parecido a una estampida, delatan su presencia y es fácil ubicarlo para un baquiano experimentado como él.

También sabía como neutralizar el poder del enano, ya sea reproduciendo el sonido del golpe del bastón del *Thrauco*, pues eso hace reverberar su cuerpo y se desmaya, o haciendo una cruz con dos cuchillos con mango de hueso y poniéndola frente a su cara, lo cual lo hace caer al suelo víctima de espumosas convulsiones, o tirándole un puñado de arena en la cara, lo cual lo distrae al ponerse a contar los granos uno por uno.

Sin embargo, Don Triangulo prefirió decirle muy tranquilo y con muchísima paciencia:

- *Vine a buscarte Thrauco, para que vayamos con la Fiura y puedas cambiar de vida, por el bien tuyo, el de ella y el de todos.*

Por única respuesta, el *Thrauco* sacó su enorme miembro viril y con unas rápidas y precisas sacudidas, eyaculó con fuerza en dirección del paisano. La cantidad que excretó, para llenar una palangana hubiese alcanzado y sobrado.

- *Tata Dios ha ordenado que sin la fuerza te redima* – se limito a contestarle Don Triángulo.



Entonces apareció un solitario huemul, bicho hermoso como pocos, que media por lo menos un metro del suelo a la cabeza. Lucía unas astas majestuosas como un árbol sin las hojas, un pelaje grueso y denso, del color marrón oscuro similar al café negro. Masticaba con placer las partes blandas de las lenguas.

- *Tata Dios ordena que diriman la cuestión, verseando en una payada. Aquel que sin letra quede, acepte ser perdedor* – dijo el huemul sin dejar de masticar.

Apareció una guitarra, se sentaron frente a frente y a dirimir con los sesos, en un santiamén comenzaron:

(Don Triángulo)

Nadie es perfecto en la vida  
Confiesa arrepentido este viejo,  
Y lo grito desde el Río Negro al Bermejo,  
Cuando el alma esta renegrada  
Por más que a los santos se pida,  
Sucia nos queda aunque se cambie el espejo.

Y ahora que mi garganta se entona,  
Quisiera a usted preguntarle,  
Sabiéndolo gran cultor de los males,  
Y conociéndolo a Dios que nunca se desentona,  
Porque él nos permite mientras suena la bordona,  
convivir con el mal y ni siquiera borrarle.

*(Thrauco)*

Hay muchas cosas que ignoro,  
pero mejor que bastantes otros la paso;  
y sí las vacas de cuero negrazo  
comiéndose el pasto verde como plumaje de loro,  
porque la leche salga muy blanca no lloro,  
me la tomo y al porque, saludando lo rechazo.

Y según tengo mirado,  
Hay mucho de malo en lo bueno,  
Y aunque parezca un verdadero veneno  
Al bueno es mejor dejarlo de lado,  
pues del boludo hay que tener más cuidado  
que del malo moviéndose en su terreno.

*(Don Triángulo)*

Nunca había visto en la vida,  
alardear al hombre de su ignorancia,  
pero trato de aprender y no consiento vagancia,  
en soberbia ya se sabe que no hay medida,  
y la vida a su lado ¡vaya que si es sufrida!,  
la maldad siempre tiene un sabor a repugnancia.

Yo no le voy a ocultar,  
el asco que me da mirarlo,  
no de su físico es lo que charlo,  
sino de su triste alma que anima a preguntar,  
dañando esas niñas que un día logró arruinar,  
de donde salio el estiércol para engendrarlo.

*Thrauco* se enfureció y eso, le ató la voz. Como perdió la paciencia, no encontraba ni siquiera una rima lastimosa. Cuando se quiso acordar, el tiempo de responder se alejó como un tren de la estación.

El huemul fue transparente. Sin dejar de masticar, se acercó a los contendientes y mirándolo al *Thrauco*, muy sereno le largó:

- *No hay duda que Don Paisano es el justo vencedor. Lo invito a que reconozca, con un fuerte apretón de manos, la superioridad del mejor.*

El enano estaba callado. Miraba para abajo mientras afilaba la punta de su bastón. Tenía los cachetes inflados y demasiado colorados. Refunfuñaba por lo bajo con un mugido bien sordo. Nunca fue usada mejor, aquella expresión popular usada para estos casos y que dice muy gráficamente, que estaba con una reverenda cara de culo. Todo parecía calmarse.

Pero de repente, el *Thrauco* saltó como si le explotase un cohete y le tiró a Don Triángulo su bastón afilado, buscando ensartarle en la misma zona del corazón. Este que no era lerdo ni perezoso, como un rayo giro sobre sí mismo y la punta del palo, paso rozando los pelos de su pecho. No le dejó ni una marca, pero el susto fue mayúsculo.

Como Don Triángulo era paisano de Ley, había ido a la ocasión sin portar ninguna arma. Ni siquiera tenía un rebenque de muestra, como para rascarse la espalda. Y el enano estaba frustrado y demasiado rabioso. Hasta le brillaban los ojos de tanta furia.

Como única defensa, el paisano alcanzó a sacar el poncho y enrollarlo bien compacto en su antebrazo. Mejor es algo antes que la misma nada, pensó para dentro de él. Pero el enano se afianzo en sus muñones y para la embestida final, se preparó midiendo cuidadosamente los movimientos.

Don Triángulo no era manco y su experiencia para estas lides, no la tenía ganada al cohete. “*Relojeaba*” con un ojo cada desplazamiento del enano y con el otro, miraba una piedra que podía servirle como arma rudimentaria, pero que estaba más cerca del *Thrauco*.

Comprendió que su pecho, estaba quedando demasiado de frente al ataque del enano. Quiso recular un poco y ponerse medio perfilado, pero la suerte no lo acompañó. En cuanto buscó afirmar el pie que llevó para atrás, notó que la tierra lo traicionaba, cediendo como manteca ante su peso.

La caída fue aparatosa. Voló el poncho por el aire mientras él se caía de espalda. Una pierna enterrada y la otra, como si no existiese. Las manos, ni para cubrirse la cara. Solamente le quedaba encomendarse al altísimo, pedirle perdón por algún pecado y prepararse a morir. Encima, varias aves carroñeras sonriendo, lo miraban padecer en tan triste situación, pero la verdad sea dicha, hasta se les hacia agua la boca.

- *Yo quiero el muslo* – dijo una.
- *Yo la pechuga* – agregó la otra.
- *Y yo, la pantorrilla* – dijo una tercera.

El enano, al verlo tirado en el suelo, sintió que lo tenía servido como en bandeja. Cambio de posición al largo bastón y lo empuñó como lanza. Su objetivo era chuzarlo desde arriba para abajo.

Y pegando un alarido como de mujer pariendo, entró a correr velozmente como para clavársela, traspasando el corazón. En un segundo, el paisano entendió que estaba todo perdido. El enano enfurecido avanzaba sin clemencia. Don Triángulo en vez de rezar, se

sentía abandonado por el mismo Tata Dios y extrañaba su cuchillo, el pistolón y las seguras boleadoras.

Pero Dios, no necesita del hombre para hacer sus portentosos milagros. En su carrera asesina, el enano patina con sus muñones en el semen, que el mismo había vertido. Y esa patinada fue majestuosa a tal grado, que si hubiese sido en competencia, medalla de oro Olímpica se sacaba. Tres vueltas pegó en el aire, como barrilete sin cola.

Y luego de un breve planeo, su cabeza aterrizó en medio de una filosa piedra. Igualito que a un zapallo, la cabeza le explotó. El cráneo se le partió, como botella de ginebra. Por fin un poco de aire, dentro de la cabeza le entro y ¡vaya que le hacia falta!

Parte del cráneo voló para la derecha y la otra hacia la izquierda. Y completando el espeluznante cuadro, el cerebro entero a la vista apareció. El cerebro del *Thrauco*, digno era de integrar la colección de cualquier anatomista. Su forma, era merecedora de estudios en cualquier laboratorio. En vez de parecerse a una enorme nuez, como el cerebro normal, en el caso del enano, tenia forma de pene, acompañado hacia atrás, por dos enormes testículos. Aunque parezca mentira, su cerebro era un miembro viril masculino, muy largo y erguido, con su cabeza bien redondeada, que se perdía hacia abajo, en la medula espinal.

Ese cerebro tan fálico, no estaba bañado por líquido cefalorraquídeo, sino por espeso semen. El *Thrauco* derramaba semen, tanto por fuera como por dentro. Nació, vivió y murió por culpa del esperma maldito. El semen, fue la razón de su vida y de su muerte.

*Don Triangulo* no sabía que hacer primero. El dilema era si agradecerle primero a Dios el milagro, o seguir mirando la "*cosa tan rara*" que tenía por cerebro el enano *Thrauco*.

Las aves carroñeras miraban extrañadas y aunque ellas no le hacen asco a nada, jamás tuvieron en su dieta a semejante menú.

- *me parece que hoy paso* - dijo un carancho
- *creo que empiezo la dieta* - dijo el carancho araucano
- *yo pruebo, si no me gusta, lo largo* - dijo el caburé grande

Saltó enojado Don Triángulo y muy serio, mirando a las aves carroñeras, les dijo amonestándolas:

- *Todo humano o que se le parezca, merece una sepultura digna para que sus huesos descansan, no importa quien haya sido. Además, yo conocí la voluntad del Thrauco para el caso de morir. Siempre quiso se lo entierre en un ataúd especial... quería ser enterrado, adentro de un preservativo...*

Terminó de decir esto y apareció desde el cielo, un cóndor que en su pico traía un enorme preservativo de color negro. No le fue fácil abrirlo al paisano, pues no estaba acostumbrado a lidiar con esas cosas, pero con la ayuda de los dientes del Huemul, lo consiguió sacar. Estirando y estirando, hasta el último pedazo del enano le embutió.

Con una improvisada pala, cavó la fosa hasta el metro ochenta. La tumba recibió al *Thrauco* como garganta con hambre. Poco a poco, con la tierra removida lo fue cubriendo. No sabía si ponerle o no, una cruz. Al final, se decidió y la puso. Después de todo, pensó, no sea cosa que en el último momento, mientras giraba en el aire, se haya arrepentido de todas sus maldades y Dios lo haya perdonado, robándose el mismo cielo, justo en el ultimo segundo... Estos favores, no es raro que muchas veces, Tata Dios de tanto que él nos quiere, nos los regale...

Como buen gaucho reflexivo y espiritual, Don Triangulo oró por el alma del enano. Así es el gaucho argentino, que en presencia de los muertos siempre reza, tanto sea por el cadáver del amigo querido, o del peor de sus enemigos.

Así terminaron – *aparentemente* - las correrías del *Thrauco*. Y digo aparentemente, porque algunos indios, que días después anduvieron paseando por Buenos Aires, aseguran haberlo visto transformado en consolador y vibrador sexual, exponiéndose desvergonzado en los *Sex-Shop*. Don Triangulo sin embargo, lo desmiente y condena esas habladurías.

El paisano regresó adonde estaba la *Fiura*. Muy devota la encontró, rezando el Avemaría. Veinte Rosarios y otras tantas Aleluyas. Decenas de Ángelus, todas las letanías, el Credo y todo el devocionario.

- *¿Milagro? Son más oraciones las que rezas, que aquellas que te enseñé. ¿Cómo las aprendiste?* – preguntó Don Triángulo.

La *Fiura* no contestó y siguió rezando que era un primor. Cuando el paisano giró el cogote, sentada en las raíces de un gran alerce, el árbol gigante del bosque, a una monjita se encontró. Era una integrante de la Congregación de Siervas de la Caridad.

La monja sonreía con dulzura angelical, pues ella era la causante de que la *Fiura*, supiese ahora tanta cantidad de oraciones. Se llamaba Hermana *Miryam Azucena*. Una gordita simpática, que de solo mirarla, a uno se le llenaba el corazón de paz. Su cara la atravesaba una sonrisa de oreja a oreja, que invitaba a relajarse. La paz, se derramaba a raudales por los poros de su piel. Vestía un hábito gris, con la pollera hasta la mitad de la pierna y la toca en la cabeza de un color negro azabache como sus ojos. Sus pies, calzados con sandalias marrones, se confundían con el suelo.

- *Ave María Purísima* – dijo el paisano, rompiendo el silencio.
- *Sin pecado concebida* – respondió la hermana.

Y era tan grande el fervor con el que rezaba la *Fiura*, que Don Triángulo contagiado, hincó en tierra sus rodillas y la acompañó al orar. Se unió a ellos la monjita y entre los tres, al Santo y Gran Espíritu del Tata Dios, a su Bendito Hijo, a su Santa Madre y a todos los Santos Buenos, espiritualmente los congregaron para pedirle por la Argentina.

La *Fiura* lloraba y lloraba, pero había mucha paz en su rostro. La monjita, pegado su rostro contra la tierra, repetía y repetía:

- *Fiura ¡cuánto me estas enseñando!*

- *¡Quien la ha visto y quien la ve...!* – proclamaba por lo bajo Don Triángulo.

Siguieron orando y orando hasta que empezó a oscurecer. Luego la monjita sacó el mate y la bombilla. Don Triángulo hizo un fueguito y preparó el agua para tomarlo. En silencio entre los tres, dialogaron muy tranquilos.

- *A la Fiura me la llevo para Junín de los Andes. Allí voy a establecer, un hospicio para huérfanos y todo niño que el Altísimo quiera mandar. Viviremos de lo que Tata Dios nos mande y ella, será mi brazo derecho. Se llamará Mamma Margarete el lugar y ella, pues estoy plenamente convencida que la redención le ha llegado, en toda su magnitud* – le dijo muy segura la monja a Don Triángulo.
- *No tengo la más mínima objeción, hermana. Y coincido con usted en el cambio que en la Fiura se operó. Que más puedo querer, para cumplir mi misión en este mundo, que verla encaminada hacia el bien. Dios poderoso, siempre opera con sus manos invisibles. Llévela y que Dios las bendiga a ambas* – respondió el paisano.

Don Triángulo, besó en la frente a la transformada Fiura, invocando al tata Dios que nunca la abandonase. Ella le sonrió y besó su mano agradecida. Luego las miro alejarse muy juntas, hasta que en el monte se perdieron.

El se dirigió a la ruta 237 de la Provincia de Neuquén, caminando relajado. Se puso a deambular, al lado de la banquina. Ya anochecía y quería ordenar sus pensamientos... cuando a lo lejos, vio venir un gigantesco y poderoso camión, un Scannia III tovero, con acoplado.

Le hizo señas y el camionero enseguida paró.

- *Si sabe cebar mate, lo llevo* - le gritó el camionero desde la cabina.
- *Cebar mate, ceba cualquiera. Cebarlo bien, ya es otra historia. Si va para Piedra del Águila, se lo agradezco* - respondió el paisano.

Fueron hablando animados y a pedido del chofer, Don Triangulo le dio cátedra, de como preparar el mate, mientras ponía mano a la obra con el termo y la yerba del camionero.

- *Hay que usar siempre un mate de calabaza, bien curado con azúcar negra quemada. La yerba, va a gusto. Los criollos la queremos de sabor fuerte y sin palo, pero los gringos, la quieren suave, con palo y saborizada con algún yuyo. Después, se tapa la boca del mate con la mano y se le da vuelta, agitando para sacarle el polvillo a la yerba, el cual se pega a la palma. Luego, se inclina el mate, de modo que la yerba se acumule a un lado y se le echa agua tibia, en el lado más vacío. Un ratito después, se introduce la bombilla en el lugar ahuecado, tapando bien con un dedo el extremo, para que no se tape. Luego, se completa hasta el borde con agua caliente que NUNCA haya hervido. Tiene que servirse espumoso, aunque se le vaya la espuma a medida que se lo ceba.* -

dijo el paisano, mientras le pasaba al camionero el segundo mate (el primero, siempre lo toma el que ceba)

- *¿Y conque se lo endulza mejor?* - preguntó interesado el chofer.
- *Los criollos siempre lo tomamos amargo. Los gringos lo encuentran fuerte y agregan azúcar en cada cebada. Cuando se hace así, hay que echarle despacio el agua sobre el azúcar. Y si usan la sacarina, hay que endulzar directamente el agua. Lo mejor para mi gusto, es dejar secar al sol por unos días, las cáscaras de naranja, pomelo o limón, y luego cortarles un pedacito y enterrárselo de entrada en la yerba. Y si quiere un toque especial, hágame caso y métale una hojita de menta fresca.* - aclaró como gran experto Don Triángulo.
- *¡Que buenos están sus mates!* - contesto el camionero, luego de probar algunos - *es como si el cuerpo se diese cuenta de lo saludable que es tomarlo así y pidiese más.*

Y siguieron hablando de todo un poco, mientras el camión los acercaba a Piedra del Águila. El camionero resultó ser evangelista, del tipo Sobaco Santo Ilustrado, por eso de andar todo el día con la Biblia bajo el brazo...

Agarró la Biblia el chofer y se la pasó al paisano, para que la fuese leyendo. Don Triángulo, no podía dejar de pensar en la *Fiura* y el impresionante cambio que había experimentado. Algo increíble, que nadie se lo creería. Abrió al azar, en cualquier parte de la Biblia, tal como acostumbra la tradición, para tratar de recibir una respuesta del Tata Dios a su inquietud.

La abrió en el *Evangelio según San Mateo 21:31* “*¿Cuál de los dos hizo lo que su padre quería? - El primero - contestaron ellos. Jesús les dijo: - Les aseguro que los recaudadores de impuestos y las prostitutas van delante de ustedes hacia el reino de Dios*”

Se sonrió en silencio, porque era la respuesta exacta que su alma necesitaba. Mirando el paisaje a través de la ventanilla del camión, su mente reflexionaba. Cuando el bien llama a nuestra puerta, resulta más fácil arrepentirse cuando se tienen pecados muy obvios. La soberbia y la envidia son difíciles de aceptar personalmente como defectos, pero saberse prostituta o ladrón, es demasiado innegable. La historia esta llena de grandes e indubitables pecadores, que terminaron acercándose más que muchos lideres religiosos, al corazón afectuoso del Tata Dios. La *Fiura*, no fue una excepción.

Y se quedó dormido. Solo faltaban dieciséis días para el evento final, del veinticuatro de agosto...